

Notas del Mes

Recuerdo de Domingo Melfi

En el mes de enero del año 1946, el día 11, se marchó nuestro buen amigo Domingo Melfi. Hombre de refinada cultura, de profunda y rica sensibilidad, de excepcionales condiciones de carácter, Domingo Melfi ocupó un sitio de gran relieve dentro del ambiente literario de Chile y dejó una honda huella de afectos que no se extinguen y que, por el contrario, se hacen cada vez más presentes a lo largo del tiempo, en el corazón de sus amigos que tuvieron la oportunidad de apreciar sus condiciones de artista y de caballero que sabía otorgarle a la amistad lo mejor de su espíritu.

En los días que han transcurrido desde su fallecimiento hemos podido darnos cuenta de la gran falta que nos hizo Domingo Melfi, como hombre que reunía a su alrededor mucha gente. En la historia literaria de Chile ocupará, sin lugar a dudas, un lugar de simpatía y de interés para quienes deseen conocer algo de lo que fué el ambiente de estos últimos años, aquella tertulia literaria que Melfi mantuvo en «La Nación», diario del que fué director hasta el momento de su muerte. Por las tardes desde las siete hasta las nueve de la noche iban llegando hasta la oficina de la Dirección de ese diario los amigos de Domingo que los acogía con su buena y cordial sonrisa. Allí estaban todas las tardes Mariano Latorre, Joaquín Edwards

Bello, Gabriel Amunátegui, Ricardo Latcham, Benedicto Chuaqui, Luis Durand, Exequiel de la Barra, Francisco Tralbal, Jerónimo Lagos Lisboa, el doctor Ladislao Labra, Antonio Romera, Elcazar Huerta y tantos otros amigos que, por el momento, es difícil recordar.

Domingo estaba allí sentado frente a su escritorio leyendo los artículos que le iban trayendo los redactores. Muchas veces nos asombrábamos de verle siempre feliz, sin que jamás diera muestras de sentirse molesto ante el tumulto de las conversaciones. Por el contrario, Melfi, de pronto, dejaba a un lado el artículo que estaba leyendo y llegaba a incorporarse al ruidoso grupo de sus amigos que se sentían allí como en su casa.

Domingo había vivido gran parte de su vida en Talca, en donde contrajo matrimonio con la señorita María Corona, la bella y encantadora mujer que le acompañó con admirable ternura y abnegación hasta el último instante de su existencia. Melfi, no obstante sus muchos trabajos, se daba siempre tiempo para escribir los ensayos de carácter social que le dieron justa nombradía y sus estudios de literatura chilena en los cuales se mostraba como un hombre de cálida y honda sensibilidad artística. Escribía en una prosa de rico colorido, de elegancia estilística, de sugestión humana. Después de su viaje a Estados Unidos, así como a su vuelta de Buenos Aires y el Uruguay, publicó algunos libros en los cuales se advertía en él, al fino captador de matices y de aspectos en la vida y costumbres de esos países.

Domingo Melfi era uno de esos hombres que sabía valorizar la amistad. Era de verle la cara de felicidad, la íntima alegría que se reflejaba en sus ojos cuando se encontraba con los compañeros a quienes estimaba. Serio y honesto en sus apreciaciones literarias nunca en sus escritos usó de la virulencia para referirse a nadie, ni aun a aquéllos que pudieron causarle algún daño. Vinculado a la Universidad de Concepción por largos años, fué alumno del Rector don Enrique Molina y después

uno de sus más íntimos amigos. Ocupó el cargo de representante de «Atenea» en Santiago, cargo que en buenas cuentas equivale al de director ejecutivo de esta publicación, en cuyas páginas rendimos el homenaje de emoción y de cariño que se merece quien fué un gran artista y amigo excepcional.

Los funerales de Augusto d'Halmar

El sábado 28 de enero último, fueron sepultados los restos mortales de Augusto d'Halmar, en el Cementerio General de Santiago. El cortejo salió desde la Biblioteca Nacional, en donde el cadáver del ilustre extinto fué velado en una severa capilla ardiente, que fué visitada por una enorme cantidad de gente de toda clase y condición social, que habían seguido la obra literaria del escritor y luego en su labor de conferenciante y de orador en el último tiempo.

Dos carrozas que portaban las innumerables ofrendas florales, fueron seguidas por otra que conducía a Augusto d'Halmar al sitio en donde sus restos volverían al seno de la tierra que le vió nacer y que le honró con toda clase de homenajes. Tras de esta carroza iba caminando a pie mucha gente que quiso tributarle de este modo la ofrenda de su postrera compañía a quien había vivido para el arte y para darle a la belleza las luces más diáfanas de su espíritu.

En la ceremonia de inhumación estuvieron presentes cuanto hay de más representativo dentro de la sociabilidad chilena, de la política y del Gobierno de la República. El Ministro de Educación señor Mallet, en un bello y emocionado discurso, hizo el último elogio del extinto. Y a continuación hablaron en nombre de instituciones y de sus amigos personales, los señores Augusto Iglesias, Ernesto Montenegro, Francisco Coloane, Luis Durand, R. Suárez Picallo, Ricardo A. Latham, Antonio de Lezama, Angel Cruchaga Santa María y otros orado-